

UN DIOS QUE CONOZCO

*Un dios que conozco se mueve lentamente.
No como el estallido de los relámpagos de Zeus
ni como los teléfonos móviles de Satanás.
No. Viaja como una oruga
midiendo los plazos eternos,
y cada centímetro es sagrado.
Avanza lentamente y a menudo mira atrás.
Solo lo conozco en el fondo de mi corazón.*

A pesar de su escaso reconocimiento, la poesía de **Ursula K. Le Guin**, maestra incuestionable de la ciencia ficción, se muestra como el manantial del que brotan todos sus universos

Porque todo se nos ha dado en préstamo

por **JORDI DOCE** Dentro de la constelación de autores clásicos de ciencia ficción, Ursula K. Le Guin (Berkeley, 1929-Portland, 2018) ocupa un lugar aparte, no solo por la naturaleza de sus especulaciones —ecologista temprana, se interesó por Jung y el taoísmo y heredó los intereses de su padre, el antropólogo cultural Alfred Kroeber—, sino por la calidad de su prosa, caracterizada por una rara mezcla de sencillez, precisión y elocuencia. En las novelas de género fantástico, como el ciclo de Terramar, el lenguaje es protagonista, con sus guiños arcaicos, sus anáforas y ritmos; el acto mismo de nombrar es un acto poético, capaz de cambiar la naturaleza de las cosas, como sabe muy bien el mago Gavilán.

Lo cierto es que Le Guin nunca se interesó por la dimensión épica de la fantasía. Sus libros remiten a la noción tradicional de «quest», la búsqueda del héroe que lucha con su sombra, y en ellos la naturaleza —animada o inanimada, tanto da— juega un papel fundamental.

Trabajadora incansable, Le Guin editó su primer poema en 1959, muy poco antes de darse a conocer como narradora con sus primeros relatos y novelas. Entre 1974 y 2011 publicó once títulos de poesía entre cuadernos y libros propiamente dichos, muchos de ellos en sellos pequeños. Su nombre no aparece en ninguna de las antologías de poesía estadounidense que yo conozca, y todo parece indicar que su poesía fue recibida por sus contemporáneos como un capricho, el pasatiempo más o menos esperable de una escritora de éxito.

Con todo, los 147 poemas reunidos en esta antología bilingüe, *En busca de mi elegía* (traducida con solvencia por Andrés Catalán), nos cuentan otra historia, y es que la poesía es el manantial del que brotan los universos de su autora, el centro mismo de sus fabulaciones. Estamos ante una poeta sabia y honesta, de una gran fuerza lírica, capaz de dialogar con el misterio sin perder pie ni romper ese equilibrio íntimo que fue siempre su meta, su obsesión.



URSULA K. LE GUIN
EN BUSCA DE MI ELEGÍA
Traducción de Andrés Catalán.
Nórdica. 304 páginas. 23,95 €
Ebook: 10,99 €



ECOS DEL APOCALIPSIS
En el poema que cierra este volumen, 'La reunión', Le Guin recurre a sus dotes de narradora fantástica y congrega sobre "la eterna Roma", en un hermoso ejercicio de sincretismo, a las deidades de las principales creencias de la humanidad para dibujar una posible imagen del apocalipsis, cuando la propia "Tierra mortal [...] con un largo y cálido suspiro se lleva todas las palabras/ al silencio que siempre estuvo ahí"

Le Guin se incardina plenamente en la tradición naturalista de la mejor poesía angloamericana. Muchos de sus poemas son visiones o estampas llenas de vida de la naturaleza de su país, que conoce como nadie y es capaz de nombrar con detalle amoroso. Algunos están fechados y nacen de la experiencia personal, el acontecer cotidiano. Otros ofrecen el marco del que brota el instante iluminador, la epifanía. Pero en todos ellos la naturaleza suele ser algo más: una maestra vital («Permitidme ser digna/ de la piedra: del polen:/ la palabra pronunciada donde surge el agua:/ los cuatro colores de la tierra») y una presencia no tanto hostil como indiferente, que podemos emplear en nuestro beneficio para estudiar la condición humana. Así pues, si el poema es un microscopio que permite mirar de cerca, es también observatorio que consigna la enormidad del cosmos y nos avisa de nuestra pequeñez: «Caminar por aquí es dejar de fingir/ que lo que hacemos tiene/ alguna importancia».

Pero hay mucho más en este libro, cuya variedad de tonos se corresponde con un abanico amplísimo de formas: el epigrama, el bestiario (o lapidario, como en *La médula*), el monólogo dramático, la plegaria (*Invocación, Para la casa nueva*), la viñeta elegíaca o la canción lapidaria. El uso de la rima hace pensar en Yeats, uno de sus modelos (de quien se burla con afecto en *Recordando a los famosos poetas*). Con los años la escritura se vuelve más seca y sentenciosa, pero también más urgente y apasionada: los síntomas del deterioro medioambiental se acumulan y todo apunta a que hemos entrado en una prórroga precaria, un tiempo de descuento que se agota con rapidez. Sin embargo, poemas como *En la frontera* o *Algunas mañanas* nos recuerdan que seguimos siendo parte de un todo que nos explica y nos excede: «La parte de este ser que es roca,/ la parte de este cuerpo que es estrella,/ últimamente siento que quieren regresar/ y volver a ser lo que eran». Un libro necesario. **L**